

El secreto de los assassini

Mario Escobar Golderos



A Elisabeth y Andrea, por las horas que paso frente  
a estos folios y no puedo estar con ellas.

## Agradecimientos

A mis fieles amigos: Manuel Sánchez, que ha pasado la etapa más hermosa y dura de su vida; Sergio Puerta, el más voluntarioso de los hombres; Pedro Martín, un niño grande; Juan Troitiño, látigo y bálsamo; Francisco Terlizzi, un venezolano incorregible; Sergio Remedios, el primero que me abrió la puerta en el complejo mundo editorial; David Yagüe, periodista y trabajador incansable y a Dolores Mcfarland, la lectora más rápida del planeta.

A los compañeros de fatigas de Best Seller Español, a los amigos de los foros, en especial Ábrete Libro, Gran Guerra y Anika.

A los editores de La Factoría de Ideas, Juan Carlos Poujade y Paris Álvarez, por apostar por mis libros. También a Silvia Rodríguez, que día tras día logra el milagro de que los medios de comunicación hablen de mi libro.

A la apasionante vida y epopeya de los descubridores de las fuentes del Nilo, Sam y Florence Baker.

A la señora Freya Stark, la primera mujer occidental que visitó el valle de los Asesinos.

A sir Winston S. Churchill, por su apasionante descripción de la guerra del Sudán.

A Francisco Veiga, por su monumental libro sobre la historia de Turquía.

A León Arsenal, un gran escritor y autor del genial libro *La boca del Nilo*.

A mis queridos lectores, los que hacen posible que las letras se conviertan en magia pura.

Si quieres saber más de mí o del libro puedes visitar:

<http://marioescobargolderos.blogcindario.com/>

<http://assassini.blogcindario.com/>

[assassini@yahoo.es](mailto:assassini@yahoo.es)

Ninguna palabra salió de sus labios  
Que no expresara el gozo que sentía  
Por haber ganado el magnífico premio  
Que coronaba su peligrosa misión;  
Que extinguidas sus penas,  
Su alma habitara la bendita costa  
Donde frutas maduras y frescos arroyos  
Y ricas fragancias y rayos sin nubes,  
Envuelven por siempre la gaya morada  
De bellas doncellas de negros ojos

## Prólogo



Princesa en el Harén

La joya centelleó en medio de la gran sala del trono. El susurro del viento movió las cortinas y Yamile atravesó el gran arco con sigilo. Se acercó a la vitrina y observó los destellos del inmenso rubí. Por unos instantes aguantó la respiración y pudo escuchar los latidos desbocados de su corazón. Si alguien la veía a aquellas horas intempestuosas frente al Corazón de Amón, nadie le diría nada, pero el sentirse tan cerca de su libertad la hizo estremecer. Ella era la favorita de su señor, si alguien podía ver aquella joya era ella. ¿Acaso no la había lucido el día de su desposorio? ¿No era ella la esposa del gran Mehmed V?

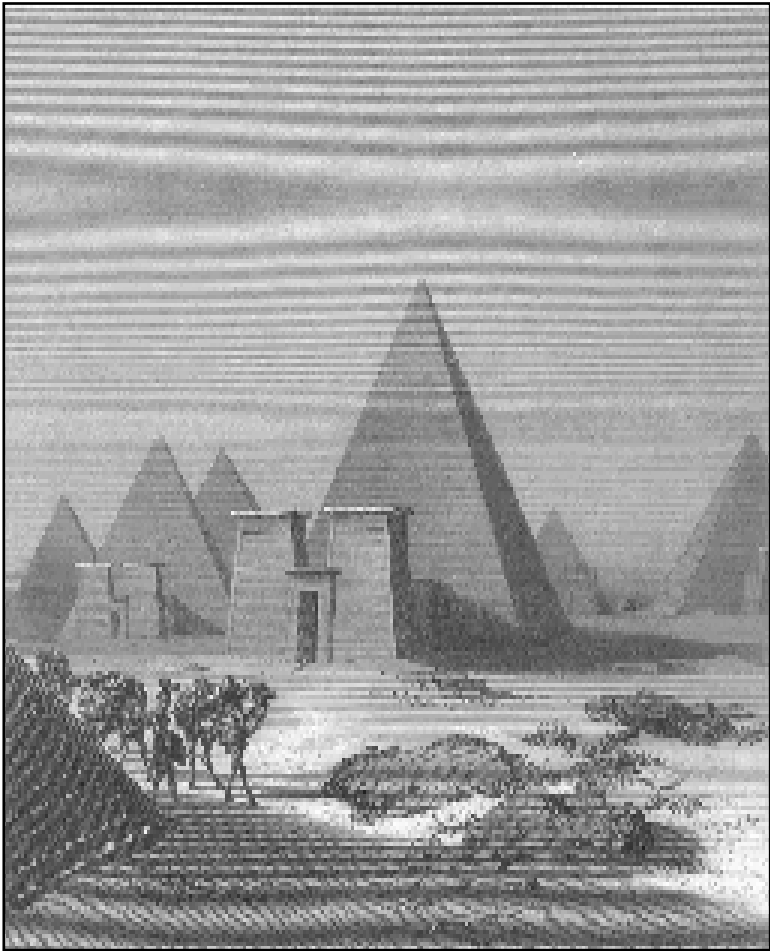
Yamile abrió la vitrina con cuidado y al coger la joya entre sus manos experimentó la misma sensación que cincuenta años antes, cuando siendo todavía una niña virgen se desposó con el sultán. Un escalofrío recorrió su espalda y por unos instantes la habitación se llenó de una cegadora luz roja. En su mente se agolparon las imágenes de toda una vida. Su infancia en Hungría, la guerra, su padre, su secuestro por una casamentera armenia y su estancia en el palacio del sultán hasta su boda. Cincuenta largos años de cautiverio. Entonces, escuchó una voz en su cabeza. Esa era la noche elegida. Debía abandonar el harén antes del amanecer.

Unos pasos la devolvieron a la realidad. Su amado Omán la miró con ternura y Yamile se acercó hasta él con la joya en la



mano. Sin mediar palabra salieron de la gran sala del trono y se dirigieron a la balconada que comunicaba el harén con Estambul. Omán acomodó a la princesa en una gran cesta de mimbre y comenzó a bajarla por la pared. Cuando estaba en el suelo, Omán ató la cuerda a una columna de alabastro y se acercó hasta el borde del balcón. Levantó la vista y observó la noche estrellada y la media luna que brillaba en el firmamento. Sonrió y puso una de sus babuchas en la pared. Una cimitarra silbó en el aire y la cabeza de Omán se separó de sus fuertes hombros cayendo al vacío. Yamile lanzó un grito al ver la cabeza de su siervo junto a sus pies y comenzó a correr por las callejuelas de la ciudad. Su respiración agitada y el corazón a punto de estallar agotaron sus fuerzas en un momento, pero extrajo de su manto el rubí y lo acarició con ternura. La joya brilló intensamente y las fuerzas de la mujer se renovaron de repente. Ahora sabía dónde debía buscar. El Corazón de Amón la guiaría hasta el lugar del que fue extirpado hacía mil años y ella recuperaría su hermosura, para siempre.

Primera parte  
El enigma de Yamile



Pirâmides de Meroe

El Cairo, 15 de octubre de 1914

Un grito de mujer inundó la iglesia y unos pasos apresurados retumbaron en el suelo enmaderado. Hércules miró hacia el gran portalón de madera y apenas pudo vislumbrar un *niqab* púrpura que desapareció detrás de una de las celosías laterales.

—¿Ha visto eso, Lincoln? —preguntó Hércules, girándose de repente.

—Ya veo que no le interesa el arte copto. Le dije que podía venir yo solo —dijo Lincoln sin escuchar a su amigo.

Dos individuos morenos vestidos con pantalones bombachos parecidos a los usados por los soldados austriacos y unos *kalpak*<sup>1</sup> negros entraron en la iglesia y corrieron hasta el pasillo central. Al ver que no estaban solos, caminaron más despacio, mirando de un lado al otro como si admiraran el templo. Los ojos negros de los desconocidos se cruzaron con la mirada desafiante de Hércules, que frunció el ceño y se llevó la mano al bolsillo donde guardaba su revólver. Lincoln se giró y pudo ver como los dos individuos bajaban la vista hasta la

---

<sup>1</sup> Capucha.

chaqueta de su amigo. En ese momento se escucharon unos golpes detrás de la celosía y los dos hombres se dirigieron hasta el foco del ruido. Hércules comprendió que el sonido provenía de la cripta que habían visitado minutos antes, donde se encontraban los restos de la primitiva iglesia de San Sergio, y en la que, según la tradición, se alojó la Sagrada Familia en su huida a Egipto. Por ello, desde el año 859 y hasta el siglo XII los patriarcas coptos eran elegidos en esa pequeña iglesia del barrio cristiano.

Hércules no dudó ni por un momento de que la mujer que se había refugiado en la iglesia estaba en peligro. Con un gesto de la cabeza indicó a Lincoln que lo siguiera, sacando su pistola del bolsillo. En el interior de la cripta reinaba la penumbra, Hércules se pegó instintivamente al muro y se agachó. Tiró de la chaqueta de Lincoln justo antes de que el chasquido de una bala sonara en la pared de piedra.

—¡Cielos! —gritó Lincoln.

—Cállese, si no quiere que nos acribillen —susurró Hércules, que forzaba los ojos para ver algo en la negrura.

Otra bala centelleó a sus espaldas y Hércules disparó hacia el pequeño resplandor. Escucharon un grito de dolor y unos pies que se apresuraban a ascender por la salida. Hércules y Lincoln permanecieron unos segundos callados hasta que los pasos se alejaron y el portalón de la iglesia se cerró de golpe.

—*Pouvez-vous m'aider, s'il vous plaît?*<sup>2</sup> —dijo una voz apagada en mitad de la penumbra.

—*Bien sûr*<sup>3</sup> —contestó Hércules en francés.

Hércules y Lincoln notaron una pequeña corriente de humo que se movía hacia ellos. De repente el olor a humedad y podredumbre dejó paso a un perfume suave pero intenso. Entonces vieron una silueta que estaba de pie ante ellos.

---

<sup>2</sup> ¿Me puede ayudar, por favor?

<sup>3</sup> Por supuesto.

—*Madame*, no sé lo que le sucede, pero no debe temer nada mientras esté a nuestro lado —dijo Hércules, poniéndose en pie.

—Es usted un verdadero caballero —contestó la mujer con un acento desconocido.

Ascendieron por la escalera hasta la nave central de la iglesia. A medida que la luz cubría el manto púrpura de seda de la desconocida, los ojos de los dos amigos se abrieron atónitos. Cuando ella se giró, pudieron contemplar un bellissimo *niqab* ribeteado con hilo de oro, que envolvía todo su cuerpo. Apenas se veía una pequeña franja de su rostro y sus grandes ojos azules, pero su refulgente mirada anunciaba una hermosura indescriptible.

—Caballeros, me han salvado la vida. —Se escuchó la voz amortiguada por el velo.

—Cualquiera habría hecho lo mismo —dijo Lincoln, quitándose el sombrero y modulando su pobre francés.

—¿Dónde se aloja? ¿Podemos acompañarla a algún sitio? —preguntó Hércules.

—Me temo que no es buena idea que regrese a mi hotel.

—Es cierto —dijo Hércules sonriente—. Puede venir con nosotros, nos acompaña una dama que seguro la alojará en su habitación hasta que encontremos algo mejor para usted. Algo de acuerdo a su rango, princesa.

—¿Cómo sabe...? —preguntó la mujer, aturdida.

—Su porte, sus ropas, el anillo que luce en su mano con el escudo de la casa real del sultán de Estambul —dijo Hércules.

La mujer se miró la mano sorprendida. La joya brilló con la luz que penetraba por el techo de madera. Después el velo se movió levemente y Hércules comprendió que la mujer acababa de sonreír.

Roma, 813, año sexto del reinado de Nerón<sup>4</sup>

Nerón se aproximó a la gran balconada y observó Roma en mitad de la noche. Las luces de las casas salpicaban sus siete colinas y el rumor de sus habitantes se resistía a desaparecer. A su lado, su consejero Sexto Afranio permanecía en silencio.

—Sexto, ¿está todo preparado?

—Sí, César. Hay dos legiones dispuestas a zarpar en el puerto de Ostia en cuanto deis la orden.

—Lo he meditado largamente. Esos esclavos nubios pudieron mentirme, pero ¿por qué iban a hacerlo? Ya estaban condenados a morir.

—Es cierto, César.

—Ningún romano ha marchado tan al sur del Nilo.

—Que sepamos, no. El primer hombre griego que visitó Egipto fue Herodoto; se cree que Diodoro también estuvo allí; Estrabón vivió durante un tiempo en Alejandría y viajó con su amigo Elio Galo hasta el sur de Tebas. Julio César también navegó por el Nilo con Cleopatra, pero nadie lo hizo nunca más allá de los límites conocidos.

---

<sup>4</sup> Año 54 de nuestra era.

—Entiendo. ¿Qué podemos perder? ¿Dos legiones de soldados pretorianos? Esos hombres viven solo para adorarme —dijo Nerón, incorporándose y entrando en el amplio salón.

—Pero, ¿hace falta que las legiones sean de su guardia pretoriana? Son los hombres mejor preparados del imperio. A Roma no le sobra ni un legionario.

—No podría enviar a hombres más capaces. No me fío del resto de mis legiones y menos para una misión tan importante. Tienen que encontrar la joya y traerla hasta aquí.

—En ese caso, ¿no sería mejor que fueran a buscar la joya un grupo reducido de hombres? De esa manera llamaría menos la atención, los nubios pueden ponerse nerviosos cuando vean aparecer un ejército romano.

—¡No! —gritó Nerón, que no estaba acostumbrado a que le llevaran la contraria.

—César... —dijo el consejero, tembloroso.

—Necesito esa joya. ¡Estoy rodeado de enemigos y solo ella puede asegurarme la supervivencia! —dijo Nerón, con los ojos desorbitados. Las conspiraciones le rodeaban por doquier y no lograba descansar desde hacía semanas.

—La encontrarán. Si está allí la encontrarán y la traerán hasta Roma.

—Eso espero, Sexto. Para el bien del imperio y de su César —dijo Nerón poniendo su fría mano sobre la frente.



El Cairo, 15 de octubre de 1914

Cuando llegaron a los jardines del Hotel Continental-Savoy vieron a Alicia sentada en un banco debajo de un gigantesco sauce. El viento mecía ligeramente las ramas de los árboles y refrescaba el ambiente. Su amiga leía con atención un librito pequeño, encuadernado en una especie de tela blanca con ribetes rosados. Sus grandes ojos verdes parecían embebidos en la lectura. Su piel, blanca y pecosa, estaba enrojecida por el sol y sus rizos pelirrojos se escapaban del sombrero de paja blanco, para descansar sobre su ligero vestido de lino.

—Querida Alicia, te traemos a una amiga para tus largas horas de ocio en El Cairo —dijo Hércules, señalando a la princesa árabe.

—Qué sorpresa. Os dejo solos un instante y volvéis con una princesa —dijo Alicia sonriente.

La princesa inclinó su cubierta cabeza y se escucharon unas leves campanillas que había en el borde de su manto. Alicia se levantó del banco y se acercó a la mujer, propinándole dos sonoros besos.

—Encantada, querida. Mi nombre es Alicia Mantorella. Imagino que estos dos bárbaros no le han preguntado cuál es el suyo.

Hércules y Lincoln intentaron disculparse, pero la mujer comenzó a hablar primero.

—Estos caballeros me han salvado de un gran peligro. Seguramente la emoción del momento les ha impedido ser más galantes. Mi nombre es Dayree,<sup>5</sup> pero todos me conocen por Yamile. Al menos ese fue el nombre que me dieron cuando llegué al harén.

—¿Vivió en un harén? —preguntó Alicia con los ojos desorbitados.

—Sí, toda mi vida, bueno, desde que tenía doce años.

»Mi verdadero nombre es Márta Sebestyén. —Al pronunciar su nombre a la mujer se le aguaron los ojos.

—¿De dónde es usted? —preguntó Hércules.

—De Hungría. Mi familia procede de Hungría.

—He oído que los harenes son casas del placer donde el señor puede acostarse con una concubina distinta cada noche —dijo Lincoln en su pobre francés.

La mujer se puso roja y levantó el mentón antes de responder. Al principio Lincoln le había caído simpático, tal vez porque se parecía a su *lala*, su cuidador y esclavo eunuco negro, pero llamarla prostituta era algo que no iba a aguantar.

—Los harenes no son prostíbulos. Eso son prejuicios occidentales. Los árabes son gente más civilizada de lo que ustedes creen. En los harenes no hay solo mujeres hermosas, también están sus hijos, las abuelas. Es como una pequeña ciudad. Algunas mujeres se encargan de lavar la ropa, otras de los baños, la cocina, la música y el baile. Únicamente unas pocas son concubinas. Aparte del señor, nunca pasan hombres dentro del harén, a excepción de los eunucos, que no son exactamente hombres.

—Pero, si es húngara, ¿cómo llegó hasta el harén? —preguntó Alicia.

La mujer se sentó en el banco y Alicia la siguió. Hércules y Lincoln se acomodaron uno a cada lado.

---

<sup>5</sup>Belleza maldita y sabia, en árabe.

—Cuando era una niña, antes de que me llevaran al Gran Harén de Estambul, vivía con mi padre, que era un general del ejército húngaro llamado Mathias Sebestyén. Mientras él guerreaba de un lado para el otro, mi madre, mis hermanos y yo residíamos en la casa de mi abuela materna cerca de Zalaegerszeg. Fue la época más feliz de mi vida. Después sucedió algo terrible de lo que tengo confusos recuerdos. Llevaba un mes nevando sin parar y la casa de mis abuelos estaba aislada, cuando una noche llegaron unos hombres armados con cuerdas y picos, parecían campesinos valacos. Al verlos venir, me oculté en la buhardilla de la casa. Allí escuché los gritos y lamentos de mi madre y mis hermanos. No sabía lo que sucedía, pero imaginaba que era algo terrible —dijo la princesa Yamile antes de que los ojos se le inundaran de lágrimas. Hércules le alargó un pañuelo y unos segundos más tarde continuó con su relato.

»Mataron a casi todos los habitantes de la casa. Estaba aterrizada. Un humo negro empezó a entrar por la puerta de la buhardilla y yo comencé a gritar, entonces llegó mi *dadus*<sup>6</sup> y me sacó de la casa justo antes de que se derrumbara. Estuvimos huyendo durante días, siempre hambrientas y congeladas. Al final encontramos al ejército de mi padre y nos quedamos con él. Unos días después partimos hacia Orsova, un puesto avanzado del ejército del Imperio austrohúngaro. Allí los nuestros sufrieron una terrible derrota y tuvimos que huir hasta Vidin y pasar hacia la frontera del Imperio otomano. El campamento de Vidin era horrible. Estaba pegado justo a orillas del Danubio, la humedad nos calaba los huesos. El tiempo empeoró muy pronto, escaseaban las provisiones y nuestras tiendas de campaña estaban agujereadas y mohosas. Tras la derrota, éramos prisioneros del ejército turco, había casi tantos soldados vigilándonos como refugiados. Mi padre llevaba herido desde la batalla de Orsova y, aunque mi *dadus* y yo le cuidábamos, teníamos miedo de que

---

<sup>6</sup> Niñera.

muriera. Cada día pasaba el carruaje con bueyes para llevarse a los que habían muerto durante la noche. Lo que no sabíamos es que nuestra vida pendía de un hilo. Austria y Rusia estaban reclamando al sultán que devolviera a los refugiados para ser ajusticiados. Él se negaba, alegando sus creencias islámicas, que le impedían abandonar a aquellos que le habían pedido protección. Algunos refugiados de baja graduación regresaron a Hungría, pero mi padre era un general y, si volvía, sabíamos que sería ahorcado de inmediato.

—¿Qué hizo entonces su padre? —preguntó Alicia con el corazón en un puño.

La princesa comenzó a llorar de nuevo. Aquellos recuerdos eran demasiado dolorosos. Llevaba mucho tiempo sin acordarse de su padre y su triste destino; pensaba que el pasado ya no la afectaba, pero estaba equivocada.

—Veo que esto le afecta demasiado, será mejor que dejemos de hablar del tema —dijo Alicia abrazando a la mujer.

—No, necesito hablar de ello —dijo mirando a los ojos a la mujer. Después, continuó su relato—: El sultán propuso a los refugiados húngaros que se convirtieran al islam; si lo hacían, estarían a salvo del Imperio austriaco. Mi padre no aceptó la conversión. Al fin y al cabo, ya no le quedaba nada en Hungría. Su mujer y toda su familia estaban muertos, únicamente me tenía a mí, pero no podía renunciar a lo único que le quedaba, su fe. Escribió a Gran Bretaña denunciando la situación. Algunos húngaros aceptaron la amnistía de Austria y regresaron a su país, otros se convirtieron al islam, pero nadie sabía qué hacer con el resto. Una mañana en la que mi padre estaba fuera del campamento, mi *dadus* había salido a buscar algo de pan y yo estaba sola en la tienda. Entonces llegó la mujer del saco y me llevó a la casa de Add Allah.

—¿Quién era esa mujer? —preguntó Lincoln.

—Era una vieja armenia que vendía alimentos y otras cosas a la gente del campamento. La vieja me llevó hasta esa casa y me dejó allí. Aquello parecía el cielo. Era una gran villa repleta de

cosas hermosas y mucha comida. Después de meses viviendo en un campamento militar aquello era un cuento de hadas. La familia de Add Allah me engañaba diciéndome que me había adoptado, pero que pronto vendría mi padre para buscarme.

—Dios mío, nunca había escuchado una historia tan triste —dijo Alicia con un nudo en la garganta.

—Bueno, no todo fueron desgracias. Cuando me llevaron al harén aprendí muchas cosas e hice varias amigas. En el harén se practicaban las llamadas «artes femeninas» —dijo la princesa, volviendo a sonreír.

—¿Qué es eso de las artes femeninas? —preguntó Alicia intrigada. Si odiaba algo en la vida era la actitud de superioridad de los hombres hacia las mujeres y su obsesión en relegarlas a tareas pueriles.

—En cuanto llegábamos al harén se nos enseñaban azoras<sup>7</sup> del Corán de memoria, también geografía, lectura y ortografía, aritmética, repostería y a coser. También nos enseñaban a danzar, canto y laúd.

—Mucho más de lo que me enseñaron en el colegio de monjas al que asistí en La Habana, y más tarde en Madrid —dijo Alicia.

—Pero esas no se consideraban las artes femeninas. A las mujeres en el Imperio otomano se las considera por su habilidad en peinarse, preparar un café y servirlo con la mirada baja mientras la *goruçú*<sup>8</sup> la solicita. Debemos saber elegir la ropa adecuada para cada ocasión, movernos con elegancia...

—No diga más. Me temo que en el fondo es igual que en Occidente. Siempre tenemos que estar perfectas para que el hombre nos elija, como si fuésemos caballos. Tengo más de treinta años y espero no casarme nunca. No necesito un hombre que me diga lo que tengo que hacer —dijo Alicia con el ceño fruncido.

---

<sup>7</sup> Capítulos en los que se divide el Corán.

<sup>8</sup> Casamentera.

Lincoln la miró de reojo y elevó un ligero suspiro.

—No entiendo qué ve de malo en que una mujer complazca a un hombre —dijo, sorprendida, la princesa.

—Las mujeres somos mucho más que cosas.

—A mí me criaron en la creencia de que lo más importante para una mujer es complacer a los hombres. Nuestro deber es hacer felices a los varones. Los hombres no están interesados en lo que pensamos, a ellos solo les importa que seas guapa y femenina. Entonces, al sentirse complacidos te regalarán joyas, esclavos y ropa elegante.

—Si era tan maravillosa la vida en el harén, ¿por qué lo ha abandonado? —preguntó, molesta, Alicia.

—Por favor, Alicia, espero que seas más amable con nuestra invitada. Nadie le ha pedido explicaciones. Ella tendrá sus razones para hacer lo que hizo —dijo Hércules, cortante.

Alicia refunfuñó y arrugó su nariz respingona. Los cuatro permanecieron en silencio unos segundos. El viento comenzó a soplar más fuerte, trayendo el polvo del desierto, y decidieron ponerse en pie y dirigirse hacia la entrada. En el exterior del jardín, dos hombres los observaron hasta que desaparecieron tras las puertas del hotel.